

www.elboomeran.com

LLAMÉMOSLA RANDOM HOUSE

LLAMÉMOSLA
RANDOM
HOUSE

MEMORIAS DE
Bennett Cerf

Traducción de
Íñigo García Ureta

Trama editorial

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Título original:

At Random. The Reminiscences of Bennett Cerf

Copyright © 1977 by Random House, Inc.

Introduction copyright © 2002 by Christopher Cerf

This translation is published
by arrangement with Random House,
an imprint of The Random House Publishing Group,
a division of Random House, Inc.

COPYRIGHT DE LA TRADUCCIÓN

© 2013, Íñigo García Ureta

COPYRIGHT DE ESTA EDICIÓN

© 2013, Trama editorial

Blanca de Navarra, 6

28010 Madrid

Tel.: 91 702 41 54

trama@tramaeditorial.es

www.tramaeditorial.es

DISEÑO GRÁFICO

Miguel San José Romano

ISBN 978-84-92755-90-5

DEPÓSITO LEGAL M-4644-2013

Impreso en España - *Printed in Spain*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Christopher Cerf 7

NOTA DE LOS EDITORES DE RANDOM HOUSE

Phyllis Cerf Wagner y Albert Erskine 15

«LLAMÉMOSLA RANDOM HOUSE» 17

INTRODUCCIÓN

Mi padre, Bennett Cerf, es universalmente reconocido como uno de los gigantes de la edición del siglo xx, un hombre dotado de un talento privilegiado, una pasión y unos atributos que le llevaron a cofundar Random House y en compañía de su socio, Donald Klopfer, hacer de una empresa que publicaba anualmente unas cuantas ediciones de coleccionista, casi «al azar» —de ahí el juego de palabras en lengua inglesa con la expresión *at random*—, uno de los grupos mediáticos más influyentes e importantes del mundo.

Por desgracia, a papá, fallecido de un ataque al corazón en 1971, la muerte le negó la oportunidad de acabar de reunir y pulir unas memorias en las que venía trabajando desde finales de los años sesenta. Gracias a mi madre, Phyllis Cerf Wagner, y a Albert Erskine, durante mucho tiempo director literario de Random House, y que con brillantez montó este libro con las notas, las libretas, apuntes y diarios de mi padre, y de la historia oral que había grabado para la Universidad de Columbia, cada detalle del carácter profusamente rico de mi padre queda reflejado en este libro.

Un gusto literario impecable; un instinto inusual para los negocios; una energía y un entusiasmo inagotables; un genio para la publicidad y las ventas; la determinación constante —y gozosa— de aprovechar cada oportunidad; un encanto infantil; una sinceridad apabullante; un asombroso don para encontrar el lado humorístico del asunto incluso en la más completa adversidad; una ecuanimidad y una generosidad sin parangón; el ansia casi dolorosa de ser reconocido y querido; una negativa absoluta a tomarse demasiado en serio, y una sólida felicidad por la buena fortuna que la vida le había otorgado... este libro revela, en las palabras siempre entretenidas de mi padre, cómo se las arregló para conjugar todos estos rasgos casi contradictorios y conseguir el éxito que tanto deseaba y tanto disfrutó.

¿Quién sino Bennett Cerf podría haber tenido el valor y la determinación de intentar publicar el *Ulises* de James Joyce en Estados Unidos –cuya importación a este país se había prohibido al considerarse un libro obsceno–, y la sagacidad en los negocios necesaria para vulnerar la prohibición del tribunal haciendo que su propia empresa fuera pillada intentando colar en el país un ejemplar de contrabando? (En aquella época, la alternativa –hacer una edición americana prematura que por consiguiente hubiera sido declarada ilegal– habría resultado prohibitiva para una empresa del tamaño de Random House.) ¿Acaso algún otro editor habría sido tan perspicaz para hacer que el ejemplar de contrabando confiscado por los oficiales de la aduana estadounidense llevara pegadas reseñas muy positivas de críticos británicos y franceses? («Solo teniendo estas reseñas pegadas en el interior del libro», explicó posteriormente, «seríamos capaces de citarlas cuando el caso llegara a los tribunales.») ¿Y quién, entre la competencia, habría mostrado el empuje y el encanto necesario para convencer, como mi padre hizo, al famoso abogado Morris Ernst de que renunciara a sus costas por llevar el caso («Le gusta la publicidad tanto como a mí», anotó mi padre), o para costearse el apoyo de Joyce, a quien no había llegado a conocer aún, al ofrecerle un anticipo que, le aseguró, no debía devolver aunque Random House perdiera el caso en los tribunales? (Según mi padre, Joyce estaba encantado de ganar unos dólares con un libro que Viking, que había sacado sus anteriores obras en Estados Unidos, *temía* publicar, que de camino a la reunión lo atropelló un taxi y apareció con la cabeza vendada, un parche en el ojo, el brazo en cabestrillo y un pie dañado que tuvo que estirar sobre una silla durante el encuentro. En cuanto al parche, añadía mi padre, «siempre lo llevó puesto».)

También resulta difícil imaginar a alguien con el gusto y la visión necesaria para publicar a Gertrude Stein, y que a un tiempo fuera lo bastante sincero como para confesar, como hizo mi padre en la nota de contra de su *Geographical History of America*, que no tenía «ni idea de lo que está diciendo la señorita Stein. Ni siquiera entiendo el título (...). Esto, según la señorita Stein, sucede porque soy un poco corto». Gertrude Stein, quien adoraba el cándido humor de mi padre, estuvo aún más encantada cuando, tras la aparición de una foto particularmente glamorosa de Kathleen Windsor en la portada del *Publishers Weekly*, Random House puso un anuncio en el que se veía una foto un poco menos atractiva de Stein con Alice B. Toklas cuya leyenda rezaba: «Caray, nosotros también tenemos chicas con estilo».

Dado que *Mansiones verdes*, de W. H. Hudson, jamás había estado sujeto a derechos de autor en los Estados Unidos, no había necesidad legal de pagar por el derecho de reimpresión a Alfred A. Knopf, cuya empresa había presentado el libro al público americano. Pero, tal vez porque Knopf

era en cierto modo «el héroe editorial» de mi padre, él y Donald Klopfer se reunieron con él poco después de haber adquirido la Modern Library en 1925 y accedieron a pagarle unas regalías de seis centavos por ejemplar, algo a lo que Horace Liveright, el anterior dueño de la serie, se había negado reiteradamente. Este gesto ciertamente razonable y generoso marcó el comienzo de una amistad que llevó a Alfred Knopf, más de tres décadas después, a decidir fusionar su firma con Random House.

¿Y qué otro «editor serio» habría admitido sin empacho su decepción al reunirse con Havelock Ellis, cuyo *Estudio de psicología sexual* acababa de ser publicado por Random House? («Era un hombre encantador y simpático», escribió mi padre, pero que «no quería hablarle de sexo a un joven editor»); ¿o quién, más o menos inocentemente, se habría mostrado orgulloso al asistir al funeral de William Faulkner en Oxford, Mississippi, al toparse con una copia de su propia antología, *Reading for Pleasure*, en la mesilla de noche del autor fallecido? («[William] Styron encontró una copia de su *Esa visible oscuridad*», observó mi padre, «y él también estaba como unas castañuelas.»)

Por supuesto, papá era mucho más que un editor. Fue, entre otras actividades, columnista, antólogo, autor, profesor, locutor de radio, coleccionista de chistes, anécdotas y juegos de palabras terribles, juez del concurso de Miss Estados Unidos y miembro del jurado en el fabulosamente exitoso show de televisión *What's My Line?* A aquellos que lo criticaron por tanta actividad, o se quejaban de que sus travesuras televisivas no eran «lo que se dice apropiadas para una editorial digna», él les recuerda, muy correctamente, que todos esos esfuerzos fueron increíblemente beneficiosos para Random House.

Sus conferencias, por ejemplo, le permitieron viajar por todo el país, «a pueblos donde no había ido antes ningún editor de libros, es decir ningún editor de una editorial grande». Y una vez allí, esa rara combinación de alegría y agresividad que caracterizó toda su carrera pasó a primer plano. «Yo siempre iba a las librerías y hablaba con los libreros y charlaba con ellos y veía dónde tenían la Modern Library», escribió. «Les decía, “¿Por qué tienes la Modern Library en la trasera de la tienda?”. Si ellos contestaban que no habían tenido tiempo de moverla, les ayudaba a hacerlo. Y cuando no estaban mirando, sacaba algunos de nuestros nuevos libros de donde estaban y los ponía en la parte delantera, a la vista de todos.»

Más importante aún, su aparición semanal en televisión le dio una oportunidad única para dar a conocer Random House, sus autores y sus libros. Nunca se cansaba de reafirmar este punto, y siempre recordaré su alegría cuando John O'Hara lo llamó furioso después de haber oído a papá hablar de la nueva novela de William Faulkner en lugar de la suya, en una entrega semanal de *What's My Line?*

Jason Epstein, amigo de mi padre y colega, un hombre a quien papá llamaba «mi cruz» («Bennett es mi coz», respondía entonces Epstein), le atribuye, junto con Horace Liveright, Alfred Knopf y otros, el mérito de haber formado parte de un grupo de jóvenes editores judíos que en las décadas de 1920 y 1930 revolucionaron el negocio de los libros. Ellos «rompieron la tendencia de sus predecesores gentiles» en «editoriales dominadas por los prejuicios del siglo anterior», escribió Epstein en *La industria del libro*, y «arriesgaron sus fortunas personales y se enfrentaron a la desaprobación de sus mayores promoviendo agresivamente la literatura y las ideas de la modernidad». Visto así, iqué apropiado resulta que Random House hundiera sus raíces en una serie de reimpresiones llamada la Modern Library!

Pero, como señaló el mismo Epstein, a lo largo de la primera mitad del siglo xx la edición siguió siendo «una industria casera». De hecho, cuando entré a trabajar en Random House a principios de 1960, todo el personal tenía extensiones telefónicas de dos dígitos y todo el directorio cabía en una hoja del tamaño de una tarjeta postal. (Una copia del mismo todavía cuelga hoy en la pared del despacho de Bob Loomis, legendario editor de Random House.) Lo que tal vez no se ha observado lo suficiente es que mi padre ayudó a guiar a Random House, y a la industria editorial de entonces, a través de una segunda revolución: entendió los cambios sísmicos en la cultura de masas antes y mucho más a fondo que cualquiera de sus contemporáneos, usó la tecnología y la llegada de la televisión a finales de 1940 y los puso a su servicio para reformar el negocio de los libros, a una velocidad acorde con un ritmo de vida cada vez más acelerado. En este sentido, cabe preguntarse si algún día no deberá inaugurarse una «biblioteca postmoderna» en su honor.

Al final, mi padre atribuye gran parte de su éxito a la buena fortuna: «He tenido suerte», afirma, resumiendo su vida en las últimas páginas de forma aleatoria. Y, en efecto, la suerte jugó un papel importante en algunos de sus mayores triunfos. Consideremos cómo logró su acuerdo para comprar la Modern Library de Boni & Liveright. Justo cuando Julian Messner, director de ventas de la empresa, estaba a punto de convencer a Horace Liveright para que rechazara la oferta de mi padre, un agente literario que sospechaba que Liveright había seducido a su mujer irrumpió en el vestíbulo blandiendo una pistola. Y entonces Liveright envió a Messner para hacer frente al agente –lo que al parecer requirió un viaje a un cercano bar clandestino– eliminando así, de golpe y porrazo, al que mi padre consideraba el «adversario más vehemente» en aquella negociación. «Fue un auténtico golpe de suerte para mí», admitió.

Mi padre también tuvo la suerte de conocer al aún desconocido James Michener, solo unos días después de que el aspirante a novelista hubiera

sido advertido por el presidente de Macmillan, George Brett –que además de emplear a Michener como editor de libros de texto había publicado un libro suyo de relatos poco conocido–, de que se limitara a «hacer su trabajo editorial y no perdiera tiempo y esfuerzo con la escritura». «Nos caímos bien al instante», dijo mi padre, y rápidamente hizo de Michener un autor de Random House. En menos de dos semanas, el libro de relatos de Michener para Macmillan, *Cuentos del Pacífico Sur*, ganaba el Premio Pulitzer, y de la noche a la mañana se convirtió, en palabras de mi padre, «en una de las grandes propiedades literarias del mundo».

Y cuando se le preguntó cómo Random House había salido a Bolsa en 1959, mi padre inevitablemente citaba la feliz coincidencia de que Charles Allen, uno de los banqueros de inversión de mayor éxito del país, fuera «uno de los chicos» que trabajaba con él cuando, recién graduado de Columbia, fue empleado brevemente por la firma de corretaje de Sartorius, Smith & Loewi. «Se lo pregunté un día a mi viejo amigo Charlie», escribió mi padre, como si cada editor tuviera experiencia laboral en Wall Street, y él dijo: «Claro, no hay problema. Vamos a sacar una emisión de acciones para vosotros».

En efecto, mi padre siempre fue un optimista, e incluso la mala suerte era una fuente de oportunidad. Cuando el fuego se extendió por el almacén de Boni & Liveright, mientras estaba trabajando allí en la década de 1920, su primer pensamiento fue que tal vez así se podría reducir el sobreabastecimiento enorme de la *Historia de la Biblia*, cuyas ventas potenciales la empresa había groseramente sobreestimado. Pero sus esperanzas se desvanecieron, pues los bomberos llegaron para apagar el fuego justo cuando las llamas amenazaban una enorme pila de libros sin vender. «Por suerte», escribió, «unos cuantos miles de ejemplares fueron destruidos por el agua». Algo es algo.

O consideremos el caso de una de las mayores decepciones de Random House: la revelación sorpresa de que el libro de Quentin Reynolds, *The Man Who Wouldn't Talk* [El hombre que no quería hablar], quien había realizado supuestamente increíbles hazañas con la resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial y luego se negó a cantar al ser capturado por los alemanes, era un fraude. «Voy a dar una conferencia de prensa mañana», le dijo a Reynolds. «Y voy a anunciar que este libro no es no ficción, sino ficción pura y dura, y voy a cambiarle el título a *The Man Who Talked Too Much* [El hombre que hablaba demasiado]». El plan funcionó a la perfección, la prensa lo juzgó como un engaño sin malicia, y lo interesante es que el libro se vendió cinco veces más que antes.

La verdad, por supuesto, es que mi padre tenía una extraña habilidad para crear oportunidades o para reconocer las que nadie más podría haber advertido... y luego apoderarse de ellas con una alegría casi implacable. En

una ceremonia en memoria de su querido amigo Moss Hart, mi padre señaló que «cuando alguien le atribuía su éxito a la suerte, Moss decía que nadie había estado diciendo: “Vale, ¿qué podemos hacer por Moss Hart hoy?”. La suerte es lo que uno se encarga de conseguir». Si hubiera sido un poco menos modesto, Bennett Cerf bien podría haber hecho el mismo comentario sobre sí mismo.

Recuerdo a mi padre como un maestro maravilloso, capaz de comunicar, como parte de su conversación diaria, sus sentimientos acerca de la vida y el trabajo. Y de explicar claramente, y con humor, por qué hacía lo que hacía, cómo intentaba sacar lo mejor de toda experiencia y aprender de todo lo que salía mal. Como se puede imaginar, pasaba gran parte de su tiempo en el trabajo, pero siempre encontró la manera de hacer que mi hermano Jonathan y yo nos sintiéramos importantes. Incluso ideó un modo de pasar el tiempo conmigo mientras escribía sus dos artículos semanales, que por lo general redactaba en las tardes de fin de semana en la casa de campo adornada con columnas que sus actividades periodísticas habían ayudado a pagar (y que él, aficionado a los juegos de palabras, había llamado Las Columnas). Bueno, para ser más preciso, acordó ponerme una tarea en la que parecía que mi padre pasaba más tiempo conmigo de lo que realmente lo hacía. Mi tarea consistía en llamarlo inmediatamente si algo ocurría en el partido de los Yankees. Más tarde, discutía alegremente conmigo sobre si había estado bien interrumpirlo o no. (Yo me equivocaba siempre, al parecer, a menos que los Yankees anotaran un tanto o uno de sus *pitchers* lograra hacer alguna proeza.) El único motivo de mi padre para llevar a cabo este ejercicio, me aseguró, era «para que aprendiera a tener buen juicio».

Al releer *At Random* me di cuenta de que mucha de la sabiduría que papá me transmitió en sus actividades diarias se encuentra en estas páginas. Se cuele entre sus historias, desde luego, pues él no lo habría querido de otra manera. Pero el libro también puede leerse como un manual de negocios autobiográfico: un «cómo lograr el éxito», que ofrece alternativas a las ideas prevaletentes, léase –y parafraseando a Gertrude Stein– que un ejecutivo es un ejecutivo es un ejecutivo; que un experto gerente de otra industria puede entrar en una editorial y hacerlo tan bien o mejor que alguien que lleva toda la vida dominando todos los aspectos de la actividad específica de la empresa; que cada trato es un combate y ganar lo único importante; y que el negocio es la guerra, sin ningún valor espiritual, ni humor, ni diversión que valga. «Cuando las personas son honradas, las cosas funcionan bien para todo el mundo», me decía. «Esa ha sido mi teoría a lo largo de la vida. Si uno gana dinero, y mucho, que el otro lo gane también. El negocio ideal es aquel en el que todos sacan beneficios.» Si esta filosofía prevaleciera, las cosas irían mejor en muchas empresas contemporáneas.

Para mí, la característica más entrañable de mi padre era su optimismo, esa incansable alegría que encontraba aparentemente en todas partes («Era el hombre más feliz que he conocido», dijo su amiga Leonora Hornblow con entusiasmo) y esa capacidad natural para contagiarla a quien le rodeaba. William Styron me hizo llorar cuando, en el memorial de mi padre en la Universidad de Columbia, se refirió a él como un «potenciador de la vida». Bennett Cerf no podía imaginar un cumplido más profundo: «Un poco de humor puede hacer que valga la pena vivir», nos dice en cierta ocasión. «Ese siempre ha sido mi credo. Una vez alguien me preguntó: “¿Qué le gustaría como epitafio?”. La verdad, siempre he dicho que me gustaría que fuera este: “Dejó a la gente un poco más feliz de lo que era cuando entró en la habitación”».

Mientras escribo esto, hace ya treinta años de la muerte de Bennett Cerf. A diferencia de tantos otros hijos de padres famosos o exitosos, yo admiraba a mi padre sin pudor, y lo adoraba casi sin reservas. Y lo echo de menos igual que siempre.

Christopher Cerf